

[Saltar al contenido principal](#)

Lecturas largas

La insostenibilidad de la desigualdad

23 de ago de 2019 | JAMES K. GALBRAITH

AUSTIN - "Sostenibilidad" es un principio organizativo relativamente nuevo en la política global. Es nuevo en parte porque los economistas han sido en gran medida hostiles a la idea misma. Las teorías de crecimiento neoclásico de posguerra ignoraron deliberadamente los límites ambientales y de recursos, despreciaron y despreciaron a los ecologistas, y prometieron lo que era efectivamente imposible: crecimiento perpetuo alimentado por recursos ilimitados, la libre disposición de desechos y el progreso tecnológico interminable. Las advertencias tempranas, en particular el innovador informe de 1972 del Club de Roma, *Los límites del crecimiento*, fueron ridiculizadas. Más recientemente, la ciencia de los límites ha ganado aceptación, pero la mayoría de los economistas siguen preocupados por el crecimiento.

Pero hay al menos una dimensión de insostenibilidad que ni siquiera los economistas pueden pasar por alto: la desigualdad. Las disparidades de ingresos y riqueza, junto con otras formas de desigualdad, son relevantes para la sostenibilidad por al menos tres razones.

Primero, la creciente desigualdad refleja las rentas económicas capturadas en la extracción y producción de recursos, ya sea por los propietarios de esos recursos o por los financieros que actúan como intermediarios parásitos. En segundo lugar, la desigualdad fomenta los excesos extravagantes que algunos ahora llaman *plutonomía*, un sistema económico en el que un

pequeño grupo, los ultra ricos, representa una gran parte del consumo total. Bajo tales condiciones, una marea creciente solo levanta yates, y el consumo competitivo crea un patrón creciente de lo que Thorstein Veblen, quizás el mayor economista estadounidense, llamó desperdicio conspicuo. Por último, el aumento de la desigualdad es un buen indicador de la inestabilidad financiera, lo que aumenta la probabilidad de un colapso inminente.

Por todas estas razones, comprender y controlar el aumento de la desigualdad es un imperativo ecológico, socioeconómico y político. Es, en otras palabras, un problema de sostenibilidad.

Medida por medida

Para controlar la desigualdad económica, debemos superar dos fuentes principales de confusión. Desde el punto de vista teórico, la economía convencional trata la desigualdad en gran medida como un subproducto de la oferta y la demanda en los "mercados laborales". Por lo tanto, se considera como un fenómeno "microeconómico", impulsado en el lado de la demanda por el cambio tecnológico, y en el lado de la oferta por un cuántica apenas observable que se conoce con el nombre de habilidad humana.

Cuando los economistas escriben sobre políticas que afectan la desigualdad, tienden a trabajar dentro de este marco de mercado. El mercado laboral puede ser local, regional o, a lo sumo, nacional. Las políticas propuestas se centran principalmente en las características y capacidades de las personas y en cómo pueden mejorar sus posiciones en el mercado. Estos asuntos son indudablemente importantes, particularmente cuando se trata de educación y salud, pero ignoran las fuerzas "macroeconómicas" más amplias (auges y caídas, tasas de interés y deuda, tasas de cambio y precios de productos básicos) que afectan a individuos, empresas, sectores económicos y países enteros.

En el aspecto empírico, hay una cuestión de información: ¿qué podemos saber de los datos disponibles? La mayoría de los datos que hemos obtenido provienen de encuestas, y la mayoría de las encuestas se centran en los hogares. Estos datos son relevantes para juzgar el bienestar económico, y también para pensar en cómo las personas con diferentes características (edad, género, raza, educación, etc.) interactúan con los mercados. Sin embargo, los hogares no son empleados, y sus ingresos no son los mismos que los salarios pagados por determinados tipos de trabajo. Por lo tanto, los datos recopilados sobre los hogares están a varios pasos de la producción, el salario y las fuerzas del cambio estructural.

Cuando se trata de análisis internacional y comparativo, existe otro problema: las encuestas son caras. Se realizan más encuestas en países ricos estables que en países pobres inestables. Y pueden ser inconsistentes desde el punto de vista conceptual, porque las preguntas difieren según las elecciones realizadas por quienes administran las encuestas. ¿Estamos

midiendo los ingresos? ¿Gasto? ¿Antes o después de impuestos? Como con todas las encuestas, las únicas respuestas que se obtienen son las preguntas formuladas.

Un enfoque alternativo que se ha vuelto popular en los últimos años es consultar los registros de impuestos. Pero estos datos son aún más escasos e inconsistentes que las encuestas, y dichos registros no están disponibles para todos los países (de hecho, no todos los países tienen un impuesto sobre la renta). Por lo tanto, en el esfuerzo por medir la desigualdad dentro de los países y en todo el mundo, durante mucho tiempo ha habido menos señal que ruido.

Desigualdad por los números

Durante las últimas dos décadas, mis alumnos y yo hemos estado trabajando en formas de abordar estas deficiencias de medición. Hemos buscado registros de nómina que cubran una amplia gama de países durante muchos años y en términos generales. Con estos datos, podemos medir las desigualdades económicas en la estructura salarial, lo que nos permite estimar las desigualdades asociadas de los ingresos del hogar, tanto a través de los países como a lo largo del tiempo.

Para explicar la filosofía detrás de este enfoque, a menudo me refiero a una línea del ensayo del filósofo estadounidense Charles Sanders Peirce " La fijación de la creencia ":

Kepler se comprometió a trazar una curva a través de los lugares de Marte [...] y su mayor servicio a la ciencia fue impresionar en la mente de los hombres que esto era lo que se debía hacer si deseaban mejorar la astronomía; que no debían contentarse con preguntar si un sistema de epiciclos era mejor que otro, sino que debían sentarse a las figuras y descubrir cuál era la curva, en verdad.

Hemos intentado seguir este consejo y hemos tenido bastante éxito. Nuestras medidas han demostrado ser en gran medida confiables y consistentes con el registro de la encuesta existente, a la vez que sensibles a eventos históricos conocidos: guerras, revoluciones y similares. Además, hemos podido buscar patrones a nivel regional e incluso mundial.

¿Qué implicarían patrones consistentes más allá del nivel nacional? Creo que son evidencia *prima facie* de que la principal fuente de cambio en diversas formas de desigualdad radica en los desarrollos transnacionales, no en las condiciones locales. Para comprender el problema de la desigualdad, entonces, necesitamos estudiar desarrollos comunes en un espacio económico continental o incluso global.

Como sucede, hemos identificado patrones que muestran un gradiente constante en los niveles de desigualdad de ingresos tanto en el espacio como en el tiempo. Si uno mira a través del espacio, no hay demasiadas sorpresas. La desigualdad de ingresos dentro de los países y regiones aumenta a medida que uno se mueve de norte a sur, lo que refleja la concentración

de la industria avanzada y los estados de bienestar de clase media en países que alguna vez fueron los asientos del imperio. En Europa, la desigualdad también aumenta a medida que uno se mueve de "Este" a "Oeste", lo que refleja el legado del socialismo de estado.

Además, los países cercanos, y con niveles de ingresos y relaciones diplomáticas y comerciales similares, tienen niveles de desigualdad relativamente similares, como se puede ver muy claramente en los mapas. El sentido común nos dice que si no tuvieran niveles similares de desigualdad, los patrones de migración regional tarde o temprano incluso se resolverían.

Del mismo modo, los patrones de desigualdad cambian con el tiempo. En particular, hay un movimiento general hacia una mayor desigualdad desde la década de 1980 hasta 2000, después de lo cual la desigualdad comienza a estabilizarse. Hasta ahora, todo esto es lo que cabría esperar, lo que da fe de la calidad de los datos. Nuestro intento de capturar una imagen mucho más amplia de la desigualdad en todo el mundo no se ha equivocado.

Olas de desigualdad

Estos movimientos muestran, con toda claridad, que los niveles de desigualdad que alguna vez estuvieron ampliamente asociados con el Tercer Mundo ahora están bastante generalizados a nivel mundial. El Primer Mundo no se ha empobrecido, pero se ha vuelto mucho menos igualitario. Hay algunas excepciones, por supuesto, y no deberían sorprendernos. Las medidas de desigualdad en Dinamarca o Finlandia, por ejemplo, no están lejos de donde estaban una generación atrás. Y algunos países de Europa Central y del Este, destaca la República Checa, tienen bajos niveles de desigualdad (aunque más altos que bajo sus severos regímenes comunistas de posguerra).

Ahora, considere otro patrón interesante: el movimiento temporal de la desigualdad *dentro de los países* es muy similar al que existe *entre* países. Si se toma una medida estándar de la desigualdad entre países (sin ponderar por población, no sea que China e India dominen los datos), se encuentra que ha aumentado tanto entre los países como dentro de ellos al mismo tiempo. De nuevo, esto no sorprende: los países ricos comprenden personas relativamente ricas, mientras que las personas de los países pobres son más pobres. En una economía global, cuando la desigualdad *entre las personas* cambia, es natural que las desigualdades entre sus respectivos países cambien de manera similar.

Pero aquí es importante recordar que estamos seleccionando el movimiento de la desigualdad dentro de los países, medido por separado utilizando estadísticas nacionales y estandarizado por una oficina internacional de estadística. Hay alrededor de 155 países en nuestro conjunto de datos más reciente, y los patrones predominantes en todos ellos cuentan la historia esencial. De 1963 a 1971, no se destaca ninguna tendencia particular. Hay un aumento en la desigualdad dentro de los países

en 1973, seguido de una disminución modesta. Para gran parte del mundo, tanto para los países más pobres como para los pueblos más pobres, aunque no para los ricos con problemas, la década de 1970 fue una época de crecimiento y progreso.

Luego viene un punto de inflexión clave. A partir de 1981, la desigualdad comienza a aumentar en olas en todo el mundo, aumentando sin descanso hasta el año 2000, momento en que las olas disminuyen. En esta era, la primera ola importante está dominada por América Latina y África, y las siguientes son impulsadas por el colapso de la Unión Soviética y los cambios de régimen asociados en Europa del Este. Finalmente, la liberalización económica en Asia alimenta otra ola que culmina en la crisis financiera asiática de 1997. A partir de 2000, el aumento de la desigualdad se ralentiza, y las desigualdades incluso disminuyen en partes del mundo, incluidas América Latina, China y la Federación de Rusia.

Un cuento de historia financiera

El mensaje contenido en estos números no es sutil ni oscuro. Esta es una historia sobre la relación entre deudores y acreedores en la economía mundial. Bajo el marco de Bretton Woods posterior a la Segunda Guerra Mundial, prevaleció la estabilidad, hasta que el sistema colapsó en 1971, cuando Estados Unidos puso fin a la convertibilidad del dólar en oro. En 1973, el shock petrolero y el auge de los productos básicos condujeron a un aumento del crédito en América Latina y en otros lugares a medida que los países asumieron la deuda de los bancos comerciales para mantener el crecimiento frente a los precios más altos del combustible. A medida que los países en desarrollo crecieron, sus clases medias se expandieron y las desigualdades disminuyeron.

Todo eso terminó en 1981 con el inicio de una crisis de deuda mundial que emanó de los cambios en la política monetaria en los Estados Unidos, donde las tasas de interés se dispararon hasta un 22%. Al no poder pagar sus deudas, los países en desarrollo se vieron obligados a adoptar medidas de austeridad y abandonar sus estrategias de desarrollo industrial independientes. Los precios de los productos básicos colapsaron, al igual que el bloque soviético, en gran parte muy endeudado, una década después. La crisis asiática de 1997 completó este período.

La desigualdad a nivel mundial alcanzó su punto máximo en 2000. A raíz de la caída de las puntocom y los ataques del 11 de septiembre de 2001, la Reserva Federal de los Estados Unidos redujo las tasas de interés, y China, que crece fuertemente y ahora es miembro de la Organización Mundial de Comercio, aumentó sus compras de productos básicos en todo el mundo. Los precios y las condiciones crediticias mejoraron, y por un tiempo la desigualdad global dejó de aumentar.

Las tendencias en la desigualdad durante este período están en consonancia con las ideas de sentido común de Simon Kuznets en 1955. Kuznets supuso que la desigualdad aumentaría bruscamente durante las etapas iniciales del desarrollo económico y luego disminuiría en etapas posteriores. China e India reflejan este patrón, pero para otros países en desarrollo

de Asia y América Latina, la industrialización y la urbanización han avanzado lo suficiente durante décadas como para que el rápido crecimiento reduzca la desigualdad y la depresión la aumente. En muy pocos países ricos, especialmente en los Estados Unidos y el Reino Unido, el rápido crecimiento aumenta las desigualdades, ya que concentra los ingresos en los sectores dominantes a nivel mundial, especialmente las finanzas y la alta tecnología.

Entonces, en la historia aproximada presentada anteriormente, hay dos elementos clave a considerar: la estructura de las economías subyacentes y los efectos de auge y caídas en esa estructura. Las fuerzas mundiales para el auge y la caída han tendido a afectar a países individuales y a su gente en proporción a su capacidad de resistirlos. A los países con instituciones fuertes que pudieron mantener la independencia y administrar sus propios asuntos les fue mejor. Aquellos que no podían defenderse contra las fuerzas globales fueron devastados periódicamente por ellos. En nuestro tiempo, esta es la diferencia entre, por ejemplo, China y México.

These global forces can be identified by the big turning points. The first was the breakdown of Bretton Woods and the rush to private debt in the 1970s. The second was the debt crisis of the 1980s, which was followed by the collapse of oil and commodity prices, and then of Soviet-style socialist governments, and then by liberalization in Asia, culminating in the 1997 crisis – but not in China, which was poised for another decade of double-digit growth. The third big turning point occurred in 2000, when lower interest rates, higher commodity prices, and modest advances in social-welfare policies and national economic development strategies helped to reduce inequality and poverty in Latin America and Russia, while in China, too, inequalities peaked and started to decline.

In Europe, events played out somewhat differently. European countries did not reject neoliberal ideology and re-embrace social-welfare policies after 2000. The introduction of the euro was followed by nearly a decade of easy credit terms, which fueled a boom in housing and commercial construction in Spain, Ireland, Portugal, and Greece (where the boom included the 2004 Olympics, among other projects). This period was not unlike the 1970s in Latin America. But as Herbert Stein, a chairman of the White House Council of Economic Advisers under Richard Nixon and Gerald Ford, famously observed, “If something cannot go on forever, it will stop.” In 2009, the global financial crisis brought the happy early days of the euro to an abrupt end.

Rein It In

What the available evidence demonstrates is that economic inequality has been regulated over time by the behavior of global finance. The data even show that changes in levels of inequality within the smaller, open economies are closely related to exchange-rate movements. When currencies become overvalued, their countries are vulnerable to Dutch disease – eroding

the competitiveness of industry – and to financial crisis. Financial crises and devaluations quickly reestablish the high level of inequality that human-development programs were meant to overcome.

Inequality is thus irreducibly a global and, contrary to what many economists like to think, macroeconomic issue. Labor-market considerations are secondary, crowded out by the dominant macro movements described above. As such, the only way to address inequality effectively is to bring the forces of financial instability, debt peonage, and predatory austerity under control. These forces can be tempered by financial regulation, a function of rich-country governments and central banks. But regulators are of course subject to capture by big finance, and central-bank mandates – whether to target full employment or only price stability – were drafted in an age of national economic policymaking. National central banks – as also the European Central Bank – are not set up to consider their policies' effects on peoples beyond their jurisdictional boundaries.

To be sure, there is still much that nation-states around the world can do to fight inequality when conditions permit. Useful measures include raising the minimum wage, strengthening trade unions, establishing social-insurance schemes, and building infrastructure and providing public goods. The problem is that these forms of progress can be – and regularly are – erased by financial crises and the subsequent imposition of severe austerity. This means that the capacity to reduce inequalities *sustainably* depends on the capacity for insulation from external financial pressures. However difficult it may be, the rest of the world needs to protect itself from the destabilizing forces of global finance.

In short, economic inequality is tied to the most unstable and unsustainable element of the world system, which is global finance. Achieving anything sustainably – especially, but not only, the reduction of extreme inequalities – requires a financial order that is broadly reformed and that can once again serve as a tool for other institutions and purposes, and not as their self-serving master. This is particularly important as humanity turns toward that other, more critical goal: the sustainability of human life on this planet. Global financial stability is a necessary step on the way to a clean-energy economy – as envisioned in the Green New Deal and similar proposals. At the end of the day, if we want to have a sustainable and civilized future, we need to get a grip on global finance.

 James K. Galbraith **JAMES K. GALBRAITH**
Escribiendo para PS desde 2015
5 Comentarios

James K. Galbraith es Presidente de Relaciones Gubernamentales / Comerciales en la Escuela de Asuntos Públicos Lyndon B. Johnson, Universidad de Texas en Austin. Sus libros más recientes son *Desigualdad: lo que todo el mundo necesita saber* y *Bienvenido al cáliz envenenado: la destrucción de Grecia y el futuro de Europa* .

<https://prosyn.org/yUd002j>;
